

## DIVERSAS ENSEÑANZAS DE NUESTRO SANTO PADRE DOROTEO A SUS DISCIPULOS

Cuando dejó el monasterio de abba Séridos y fundó, con la ayuda de Dios, su propio monasterio, después de la muerte de abba Juan el Profeta, y de la reclusión definitiva de abba Barsanufio.

### SEGUNDA PARTE

#### III CONFERENCIA: LA CONCIENCIA

40. Cuando Dios creó al hombre, puso en él un germen divino, una especie de facultad más viva y luminosa que una chispa, para iluminar el alma y permitirle discernir entre el bien y el mal. Es lo que llamamos conciencia, que no es sino la ley natural. Ella está representada —según los Padres— por los pozos que cavó Jacob y que los filisteos llenaron de tierra (*cf. Gn 26,15*). Fue conformándose a esa ley de la conciencia como los Patriarcas y todos los santos anteriores a la ley escrita fueron agradables a Dios. Pero progresivamente los hombres la fueron sepultando por sus pecados y terminaron por despreciarla, de tal modo que nos hicieron falta la ley escrita, los profetas, y la misma venida de Nuestro Señor Jesucristo para sacarla a la luz y despertarla, para revivir por la práctica de sus santos mandamientos esa chispa sepultada. Está ahora en nosotros el enterrarla nuevamente o dejarla brillar para que nos ilumine, si es que le obedecemos. En efecto, si nuestra conciencia nos indica hacer tal cosa y nosotros la despreciamos, si ella insiste nuevamente y nosotros no hacemos lo que dice, persistiendo en pasarla por alto, terminaremos por sepultarla y el peso con que la hemos tapado le impedirá en adelante hablarnos con claridad.

Pero como una lámpara cuya luz está opacada por las manchas, comienza a hacernos ver las cosas más confusamente, más oscuramente, por así decirlo, y del mismo modo que en aguas fangosas nadie puede reconocer su rostro, comenzaremos a no percibir más su voz e incluso llegaremos a creer que no tenemos ya

---

Traducción del P. Fernando RIVAS, osb.

Ver Fernando RIVAS, osb, *Las enseñanzas de Doroteo de Gaza. Introducción y Conferencias I, II y V*, en Cuadernos Monásticos 86 (1988), pp. 331-370.

conciencia. Sin embargo no hay nadie que esté privado de ella, porque como lo hemos dicho, es algo divino que no puede morir nunca; ella nos recuerda continuamente lo que debemos hacer, somos nosotros los que no la oímos más porque, como ya lo he dicho, la hemos despreciado.

41. Por eso el Profeta llora sobre Efraín diciendo: *Efraín ha oprimido a su adversario y pisoteado el juicio (Os 10,11)*. Es a la conciencia a la que él llama *adversario*. De ahí proviene lo dicho en el evangelio: *Ponte pronto de acuerdo con tu adversario mientras estás en camino con él, no sea que este te entregue al juez, y el juez a los guardias y que estos te metan en prisión. En verdad te digo que no saldrás hasta que hayas pagado hasta el último céntimo (Mt 5, 25-26)*. ¿Por qué la conciencia es llamada *adversario*? Porque ella se opone constantemente a nuestra voluntad torcida, nos acusa cuando no hacemos lo que debemos, y también si hacemos lo que no debemos hacer nos condena. Por eso es llamada *adversario* y se nos da el consejo de *ponernos de acuerdo pronto con el adversario mientras estamos con él en camino*. El camino, tal como lo entiende san Basilio, es el mundo presente<sup>1</sup>.

42. Esforcémonos, hermanos, por cuidar nuestra conciencia mientras estemos en este mundo, procurando no caer en su condenación en cualquier cosa que hagamos, y tratando de no despreciarla o pasarla por alto jamás en cualquier cosa, por mínima que parezca.

Porque de esas pequeñas cosas que consideramos sin importancia, pasaremos a despreciar también las grandes.

Se comienza por decir: ¿Qué importa si digo esa palabra?, ¿qué importa si como ese bocado?; ¿qué importa si me meto en ese asunto? Y a fuerza de decir que importa esto, qué importa aquello, se contrae un cáncer maligno y pernicioso, se comienza a subestimar las cosas importantes y aun graves, a pisotear nuestra conciencia, y finalmente corremos el peligro de degradarnos poco a poco hasta llegar a una total insensibilidad.

Por eso, hermanos, cuidemos de no subestimar las cosas pequeñas, no las despreciemos como insignificantes. No son pequeñas, son un cáncer, son un hábito nocivo. Estemos alerta, cuidémonos de las cosas leves, no sea que se transformen en graves. La virtud y el pecado comienzan por cosas pequeñas, pero llevan a las cosas grandes, sean buenas o malas. Por eso el Señor nos exhorta a cuidar nuestra conciencia, bajo forma de una advertencia dirigida a alguien en particular: "Fíjate lo que haces, desdichado, atención": *Ponte de acuerdo pronto con tu adversario mientras estás en camino con él*. Y agrega aún para hacernos ver el carácter temible y peligroso de la situación: *No sea que este te entre-*

1. SAN BASILIO, *Hom. in Ps.1* PG 29,220-221. Cf. PG 31,544A.

gue al juez y el juez a los guardias, y que estos te pongan en prisión. ¿Y entonces? En verdad te digo que no saldrás hasta que hayas pagado hasta el último céntimo. Porque como ya he dicho, es ella, la conciencia, la que nos instruye con sus reproches acerca del bien y del mal así como nos muestra lo que hay que hacer o no hacer. Y también será ella quien nos acusará en el siglo venidero. Por ello el Señor dice: *No sea que este te entregue al juez...* y lo que sigue.

43. Pero cuidar la conciencia implica una gran diversidad de aplicaciones. Cuidarla en lo que respecta a Dios, en lo que respecta al prójimo y en lo que respecta a las cosas materiales.

En primer lugar en lo que respecta a Dios, cuidando de no despreciar sus mandamientos aun en aquello que escapa a las miradas de los hombres y de lo que por lo tanto no se nos pedirá cuenta. Aquel que guarda su conciencia por Dios, en lo secreto, es el que, por ejemplo, evita descuidar la oración, evita descuidar la vigilancia cuando un pensamiento apasionado irrumpe en su corazón, en vez de detenerse en él y consentirlo; el que evita sospechar del prójimo y juzgarlo por las apariencias cuando lo ve decir o hacer alguna cosa. En una palabra, todo lo que sucede en lo secreto y que nadie conoce sino Dios y nuestra conciencia, debe ser objeto de nuestra vigilancia. Y esto es guardar nuestra conciencia respecto a Dios.

44. En cuanto a la conciencia con respecto al prójimo, consiste en no hacer absolutamente nada que pueda afligirlo o herirlo, ya sea un acto; una palabra, un gesto o una mirada. Porque, vuelvo a repetirlo, hay actitudes hirientes para con el prójimo: una mirada puede llegar a herirlo. En síntesis, toda vez que el hombre sabe que obra con la intención de molestar al prójimo ensucia su propia conciencia, ya que esta sabe bien que intentamos lastimar o afligir.

Debemos cuidar de no obrar así. Y esto es guardar la conciencia con respecto al prójimo.

45. Finalmente cuidar la conciencia con respecto a las cosas materiales consiste en evitar hacer mal uso de ellas; no permitir que nada se pierda o abandone, no desdeñar el recoger y ordenar un objeto que veamos tirado, aunque sea insignificante. También consiste en evitar el descuido en nuestros vestidos. Alguien podría por ejemplo usar sus ropas una o dos semanas más, pero sin esperar ese plazo, se apresura a lavarlas y sacudirlas. Esas ropas podrían haber servido cinco meses o más todavía, pero a fuerza de lavarlas se desgastan y se hacen inutilizables. Eso sería obrar contra la conciencia.

Lo mismo sucede en cuanto a la cama. A menudo podríamos conformarnos con una simple almohada pero queremos un gran colchón. Teniendo una cobija de lana desejaríamos cambiarla por otra nueva o más bonita, por frivolidad o ca-

pricho. Podríamos contentarnos con un manto hecho de varios retazos pero reclamamos uno de una sola pieza de lana e incluso llegamos a enojarnos si no lo recibimos. Si además viendo lo que tiene nuestro hermano comenzamos a decir: "¿Por qué tiene él eso y yo no? ¿Él es un afortunado!", no estamos en el camino del crecimiento. También puede suceder que al colgar la túnica o la frazada al sol olvidamos recogerla y la dejamos arruinar. Todo esto es también obrar contra nuestra conciencia.

Lo mismo sucede con los alimentos. Podríamos conformarnos con un poco de legumbres frescas o secas, o con algunas aceitunas. Pero en lugar de contentarnos con eso buscamos otro alimento más agradable y más costoso. Todo esto es contra la conciencia.

46. Ahora bien, los Padres nos dicen que el monje no debe dejar nunca que ninguna cosa por mínima que sea atormente su conciencia. Es preciso por tanto, hermanos, permanecer siempre vigilantes y cuidarnos de todas estas faltas para no ponernos en peligro. El mismo Señor nos lo ha prevenido, como vimos más arriba. Que Dios nos conceda comprender y guardar estas enseñanzas para que los dichos de nuestros Padres no sean motivo de nuestra condenación.

## VII. CONFERENCIA: LA ACUSACION DE SI MISMO

79. Fijémonos, hermanos, cómo nos sucede a veces que oyendo una palabra desagradable no la tenemos en cuenta, como si nada hubiésemos oído, y otras veces en cambio nos perturba de inmediato. ¿Cuál es la razón de tal diferencia? ¿Hay una o más razones? En cuanto a mí, existen muchas, pero una sola de ellas engendra, por así decirlo, todas las demás. Me explicaré: Tomemos primeramente un hermano que acaba de rezar o de hacer una buena meditación; se encuentra, como suele decirse, en buena forma. Soporta a su hermano y deja pasar las cosas sin perturbarse. Consideremos a otro que siente afecto por un hermano, a causa de esto soporta con tranquilidad cualquier cosa que provenga de ese hermano. Sucede también que otro hermano desprecia al que quiere molestarlo, no teniendo en cuenta nada que provenga de él, no prestándole atención ni siquiera como a un hombre, y en suma no considerando en nada ni lo que dice ni lo que hace.

80. Voy a relatarles algo admirable. Había en el monasterio, antes de que yo me fuera, un hermano al que nunca veía perturbado ni enojado con nadie y sin embargo yo veía a muchos de sus hermanos maltratarlo y ofenderlo de diferentes formas. Este joven hermano soportaba lo que venía de cualquiera de ellos, como si nadie lo atormentase en absoluto. Yo no cesaba de admirar su excesiva paciencia y quise saber cómo había adquirido tal virtud. Un día lo llamé aparte y ha-

ciéndole una reverencia lo invité a que me dijera qué pensamiento guardaba en su corazón mientras soportaba tales ofensas y maltratos, que le permitía conservar esa paciencia. Me respondió sencillamente y sin ambages: "Tengo la costumbre de considerarme con respecto a aquellos que me ofenden como los cachorros con respecto a sus amos". Ante tales palabras bajé la cabeza y me dije: "Este hermano ha encontrado el camino". Después de persignarme lo dejé, rogándole a Dios que nos protegiera a ambos.

81. Decía antes que a veces es por desprecio por lo que no nos perturbamos, y esto sería manifiestamente un desastre. Pero también ofenderse por un hermano que nos molesta puede provenir ya sea de una mala disposición momentánea o de una aversión a tal hermano. Hay también muchas otras razones que pueden alegarse. Pero la causa de la perturbación, si la buscamos cuidadosamente, es siempre el hecho de que no nos acusamos a nosotros mismos. De ahí proviene todo ese agobio y el no encontrar nunca la paz. No hay por qué asombrarse de que todos los santos digan que no existe otro camino más que este. Podemos ver bien que nadie ha conseguido la paz siguiendo otro camino ¡y nosotros pensamos encontrar uno que nos lleve directamente a ella, sin consentir jamás en acusarnos a nosotros mismos! En verdad, aunque hubiéramos realizado mil obras buenas, si no guardamos este camino, no cesaremos de sufrir y de hacer sufrir a los demás, perdiendo así todo mérito.

Por el contrario, ¿qué alegría, qué paz disfrutará donde vaya, aquel que se acusa a sí mismo, como lo ha dicho abba Poimén<sup>1</sup>! Cualquiera fuere el daño, la ofensa o la pena que le infieran, si *a priori* se juzga merecedor de ella, no se sentirá perturbado nunca. ¿Hay algún estado que esté más exento de preocupación que este?

82. Pero me dirán: si un hermano me atormenta y examinándome constato que no le he dado motivo alguno, ¿cómo podré acusarme a mí mismo? De hecho si alguien se examina con temor de Dios, percibirá ciertamente que ha dado pretexto, ya sea por una actitud, una palabra o un acto. Y si ve que en nada de esto ha dado hermano en otra ocasión, en un caso semejante o diferente, o bien que ha atormentado a otro hermano y es por esto, o muchas veces por un pecado diferente, por lo que merecía el sufrimiento.

Así como lo he dicho, si nos examinamos con temor de Dios y escrutamos cuidadosamente nuestra conciencia, nos encontraremos de todas formas responsables.

Sucede también que un hermano, creyendo mantenerse en paz y tranquilidad, se ve perturbado por una palabra ofensiva que acaba de decirle un her-

1. Apoteq. POIMEN 95 PG 65, 345A.

mano y juzga que la razón es suya, diciéndose en su interior: "Si este hermano no hubiese venido a hablarme y perturbarme, yo no habría pecado". Es una ilusión, un razonamiento falso. Aquel que le ha dicho esa palabra, ¿ha puesto en él esa pasión? Sencillamente le ha revelado la pasión que estaba en él, para que se arrepienta, si así lo quiere. Así este hermano se parece a un pan de trigo puro, exteriormente de buen aspecto, pero que una vez partido deja ver su podredumbre. Se creía en paz pero había en él una pasión que ignoraba. Una sola palabra de su hermano ha puesto en evidencia la podredumbre escondida en su corazón. Si desea obtener misericordia, que se arrepienta, que se purifique, que progrese, y verá que debe más bien agradecer a su hermano el haber sido motivo de tal beneficio.

83. Porque las pruebas ya no lo agobiarán más. Cuanto más progrese, más insignificantes le parecerán. En efecto, a medida que el alma crece, se hace más fuerte y más capaz de soportar todo lo que le sucede. Es como una bestia de carga: si es robusta, soporta alegremente el pesado fardo que se le carga. Si tropieza se levanta enseguida; apenas lo siente. Pero si es débil, cualquier carga la agobia y una vez caída precisa mucha ayuda para volver a levantarse. Así pasa con el alma. Se debilita cada vez que peca porque el pecado agota y corrompe al pecador. Que una nada le pase y helo aquí agobiado. Si por el contrario un hombre avanza en la virtud, lo que antaño le agobiaba se le hace cada vez más liviano. Así nos es de gran ventaja, una fuente abundante de paz y progreso, el hacernos a nosotros mismos responsables, y a nadie más que a nosotros de lo que pasa, tanto más cuanto que nada puede pasarnos sin la Providencia de Dios.

84. Pero, dirá alguien, ¿cómo puedo no sentirme atormentado si necesito algo que no recibo? Porque heme aquí presionado por la necesidad. Pero ni siquiera esto es ocasión de acusar a otro ni de estar enojado con nadie. Si realmente tiene necesidad de algo, como pretende, y no lo recibe, debe decirse: "Cristo sabe mejor que yo si debí encontrar satisfacción y él mismo me presenta esta privación de la cosa o alimento". Los hijos de Israel han comido el maná en el desierto durante cuarenta años y aunque era de una sola especie, este maná era para cada uno según su deseo: salado para quien lo deseaba salado, dulce para quien lo deseaba dulce, conformándose, en una palabra, al temperamento de cada uno (*cf. Sb 16;21*). Luego si alguien precisa un huevo y recibe en su lugar una verdura, que piense: "Si el huevo me fuese útil, Dios con toda seguridad me lo hubiese enviado. Además es posible que esta verdura sea para mí como un huevo". Y confío en Dios que esto le será contado como martirio. Ya que si es verdaderamente digno de que le sea concedido, Dios moverá el corazón de los sarracenos para que se muestren misericordiosos con él según sus necesidades. Pero si no es digno o si lo que desea no le será de utilidad, no obtendrá satisfacción aunque remueva cielo y tierra. Es verdad que se consigue a veces por encima de nuestras necesidades y a veces por debajo de ellas. Pues Dios, en su misericordia, propor-

ciona a cada uno lo que necesita; si da a alguien en demasía es para mostrarle el exceso de su ternura y enseñarle la acción de gracias. Cuando por el contrario no le proporciona lo necesario suplente con su Palabra aquello que se necesitaba y enseña la paciencia. Así, y por todo, debemos siempre mirar a lo alto, ya recibamos un bien ya un mal, y dar gracias por todo lo que nos sucede, sin cansarnos jamás de acusarnos a nosotros mismos y repetir con los Padres: "Si nos pasa algo bueno es por disposición de Dios, y si algo malo es por causa de nuestros pecados"<sup>2</sup>.

Sí, todos nuestros sufrimientos provienen de nuestros pecados. Cuando los santos sufren, lo hacen por Dios o como manifestación de su virtud para provecho de muchos o para acrecentar la recompensa que recibirán de Dios. Pero ¿cómo podríamos nosotros, miserables, decir lo mismo? Cada día pecamos y seguimos nuestras pasiones; nos hemos alejado del camino recto trazado por los Padres, que consiste en acusarse a sí mismo, por seguir la senda torcida donde estamos acusando a nuestro prójimo. Cada uno de nosotros, en toda circunstancia, se apura a acusar la falta de su hermano, cargándole la culpa. Cada uno vive en la negligencia, sin preocuparse por nada, y pedimos a nuestro prójimo que nos rinda cuenta de sus pecados contra los mandamientos!

85. Dos hermanos enojados entre sí, vinieron un día a buscarme. El mayor decía del más joven: "Cuando le doy una orden se molesta y yo también, porque pienso que si tuviera confianza y caridad por mí, recibiría con gusto lo que le digo". Y el más joven decía a su vez: "Que Su Reverencia me perdone, pero sin duda él no me habla con temor de Dios sino con la voluntad de mandarme, y es por esto, pienso, por lo que mi corazón no confía, según la palabra de los Padres".

Observen, hermanos: ambos se acusaban recíprocamente sin que ni el uno ni el otro se acusara a sí mismo. Más aún, otros dos que estaban irritados mutuamente se pedían disculpas, pero persistían en la desconfianza mutua. El primero decía: "No es con sinceridad como ha pedido disculpas; por eso no he confiado en él, según la palabra de los Padres". Y el otro añadía: "No tenía hacia mí ninguna disposición de caridad antes de que le presentara mis excusas, así que yo tampoco he sentido confianza hacia él".

¡Qué ilusión, señores! ¿Ven ustedes la perversión de espíritu? Dios sabe cómo me espanta el ver que ponemos las palabras de los Padres al servicio de nuestra mala voluntad y para perdición de nuestras almas. Era preciso que cada uno echase la culpa sobre sí.

Uno de ellos debió decir: "No fue con sinceridad como he pedido disculpas a mi hermano. Por eso Dios no ha puesto confianza en él". Y el otro: "Yo no tenía ninguna disposición de caridad a su respecto antes de su disculpa. Por eso Dios no ha puesto confianza en él".

2. Apoteq. SISOES-34 PG 65, 404B.

Hubiera sido preciso que los dos primeros hicieran lo mismo. Uno de ellos debió haber dicho: "Yo hablo con suficiencia, por esto Dios no le da confianza a mi hermano". Y el otro: "Mi hermano me da las órdenes con humildad y caridad pero yo soy indisciplinado y no tengo temor de Dios". De hecho ninguno de ellos ha encontrado el camino ni se ha culpado a sí mismo. Cada uno, por el contrario, ha cargado la culpa a su prójimo.

86. Veñan, hermanos, es por esta razón por lo que no llegamos a progresar, a ser un poco útiles, y pasamos todo nuestro tiempo corrompiéndonos por los pensamientos que tenemos unos contra otros y atormentándonos a nosotros mismos. Cada uno se justifica, cada uno se descuida, como ya he dicho, sin cumplir en nada, y pidiendo al prójimo que rinda cuenta de los mandamientos. Por esto no nos habituamos al bien: por poco que recibamos alguna luz inmediatamente pedimos cuenta al prójimo criticándolo y diciendo: "Debería hacer esto, y ¿por qué no ha procedido así?". ¿Por qué más bien no nos pedimos cuenta a nosotros mismos del cumplimiento de los mandamientos, culpándonos por no observarlos?

¿Dónde está aquel santo anciano a quien le preguntaron: "¿Qué encuentras más importante en este camino, Padre?". Y habiendo respondido: "Acusarse a sí mismo en todo", fue alabado por aquel que le interrogara, agregando: "No hay otro camino que no sea ese"<sup>3</sup>. De la misma manera abba Poimén decía gimiendo: "Todas las virtudes han entrado en esta casa menos una, y sin ella le cuesta al hombre mantenerse en pie". Cuando le preguntaron cuál era esa virtud respondió: "Acusarse a sí mismo"<sup>4</sup>. San Antonio decía también que la gran ocupación del hombre debería ser echarse la culpa a sí mismo ante Dios y estar dispuesto a luchar contra la tentación hasta el último suspiro<sup>5</sup>. Por doquier vemos que los Padres, observando esta regla y remitiendo todo a Dios, aun las pequeñas cosas, han encontrado la paz.

87. Así se comportó aquel santo anciano que estaba enfermo y cuyo discípulo puso en su alimento aceite de lino, que es muy nocivo, en lugar de miel<sup>6</sup>. El anciano no dijo nada, sin embargo comió en silencio una primera y una segunda porción, lo que necesitaba, sin culpar interiormente a su hermano diciéndose que lo había hecho por desprecio, y sin decir palabra alguna que pudiera contristarle. Cuando el hermano se dio cuenta de lo que había hecho comenzó a afligirse diciendo: "Te he matado, abba, y eres tú quien me ha hecho cometer este pecado con tu silencio". Pero el anciano respondió con dulzura: "No te aflijas, hijo mío, si Dios hubiera querido que comiese miel, tú habrías puesto miel". Y así remi-

3. *Apoteg.* TEOFILO 1 PG 65, 197CD.

4. *Apoteg.* POIMEN 134 PG 65, 356B.

5. *Apoteg.* ANTONIO 4 PG 65, 77A.

6. *Apoteg.* NAU 151 PL 73, 871.



tió el asunto inmediatamente a Dios. Pero, mi buen anciano, ¿qué tiene que ver Dios con este asunto? El hermano se ha equivocado y tú dices: "Si Dios lo hubiera querido..." ¿Cuál es la relación? "Sí", dijo el anciano, "si Dios hubiera querido que comiese miel, el hermano hubiera puesto miel". Aun estando tan enfermo y habiendo pasado tantos días sin probar alimento, no se enojó contra el hermano sino que remitiendo todo a Dios quedó en paz. El anciano habló bien porque sabía que si Dios hubiera querido que él comiese miel, hubiera transformado en miel aun ese infecto aceite.

88. En cuanto a nosotros, hermanos, en toda ocasión nos arrojamus contra el prójimo, agobiándolo con reproches y acusándolo de despreciar y de obrar contra su conciencia. ¿Oímos algo? De inmediato vemos su parte mala y decimos: "Si no hubiera querido herirme no lo hubiera dicho". ¿Dónde está aquel santo que decía refiriéndose a Seméi: *Déjenlo maldecir, puesto que el Señor le ha dicho que maldiga a David* (2S 16,10)? ¿Cómo Dios mandaba a un asesino que maldijese a un profeta? ¿Cómo se lo había dicho Dios? Pero en su sabiduría el profeta sabía bien que nada atrae más la misericordia de Dios sobre el alma que las tentaciones, sobre todo aquellas que suceden en tiempos de agobio y persecución. Así fue como respondió: *Dejen que maldiga a David porque el Señor así se lo ha dicho*. ¿Y con qué motivo? *Quizá el Señor verá mi humillación y cambiará su maldición en bienes para mí*. Vean cómo el profeta obraba con sabiduría. Se enojaba con aquellos que querían castigar a Seméi porque lo maldecía: *¿Qué tenemos en común, hijos de Séruiá? decía, déjenlo maldecir puesto que el Señor se lo ha dicho*.

Nosotros nos cuidamos mucho de decir con respecto a nuestro hermano: "El Señor se lo ha dicho"; sino que apenas hemos oído una palabra de él tenemos la reacción del perro a quien se le arroja una piedra: deja a aquel que la lanzó y va a morder la piedra. Así hacemos nosotros: dejamos a Dios que es quien permite que las pruebas nos asedien para purificación de nuestros pecados y corremos a echarnos sobre el prójimo diciendo: "¿Por qué me ha dicho esto? ¿Por qué me ha hecho esto?". Cuando podríamos sacar gran provecho de estos sufrimientos, nos tendemos emboscadas, no reconociendo que todo llega por la Providencia de Dios según convenga a cada uno. ¿Que Dios nos conceda inteligencia por las oraciones de los santos! Amén.

## XI CONFERENCIA: DE LA PRONTITUD EN REPRIMIR LAS PASIONES DEL ALMA

113. Consideren con atención, hermanos, cómo son las cosas, y sean cuidadosos para no caer en negligencia, ya que aun una pequeña negligencia puede llevarlos a grandes peligros. Acabo de visitar a un hermano a quien encontré saliendo apenas

de una enfermedad. Hablando con él me enteré de que no había tenido fiebre más que siete días. Sin embargo, a cuarenta días de esto todavía estaba en camino de recuperación. Ya ven, hermanos, qué desgracia es perder el equilibrio de la salud. No nos preocupan los pequeños desórdenes y no nos damos cuenta de que, por poco que se esté enfermo, sobre todo si se es de natural delicado, son necesarios mucho tiempo y cuidados para reponerse. Ese pobre hermano tuvo fiebre durante siete días y vemos que después de tantos días, cuarenta, todavía no había podido restablecerse.

Lo mismo pasa con el alma: se comete una falta leve, y ¿durante cuánto tiempo será necesario verter nuestra sangre antes de levantarnos? En lo que se refiere a la debilidad del cuerpo podemos esgrimir diversas razones: o bien los remedios no surten efecto porque son viejos, o bien el médico no tiene experiencia y receta un remedio por otro, o quizás el enfermo no es dócil y no sigue lo prescripto. Pero cuando nos referimos al alma, no sucede lo mismo. En efecto, no podremos decir que el médico no tiene experiencia ni que no haya dado los remedios convenientes, puesto que el médico de nuestras almas es Cristo mismo, que todo lo sabe y que da a cada pasión el remedio adecuado, quiero decir sus mandamientos, sea la humildad en contraposición a la vanagloria, la templanza contra la sensualidad, la limosna contra la avaricia; en síntesis, cada pasión tiene como remedio el mandamiento que le corresponde. El médico, entonces, no es falto de experiencia. Por otra parte, no puede tampoco decirse que los remedios sean ineficaces por ser demasiado viejos. Los mandamientos de Cristo no envejecen nunca, incluso se renuevan en la medida en que son utilizados.

No hay entonces ningún obstáculo para la salud del alma, salvo el propio desarreglo.

114. Cuidemos de nosotros mismos, hermanos, vigilemos mientras estamos a tiempo. ¿Por qué descuidarnos? Practiquemos el bien a fin de encontrar auxilio en tiempos de prueba. ¿Por qué estropear nuestra vida? ¡Escuchamos tantas enseñanzas!; sin embargo poco nos importan, las despreciamos. Ante nuestros ojos desaparecen nuestros hermanos, y no prestamos atención, sabiendo que nosotros también nos aproximamos poco a poco a la muerte. Desde que nos sentamos para conversar pasaron dos o tres horas de nuestro tiempo y nos hemos aproximado más a nuestra muerte, pero vemos esa pérdida de tiempo sin temor. ¿Cómo es que no recordamos estas palabras de un anciano: "Aquel que pierde oro o plata podrá encontrarla, pero aquel que pierde el tiempo no lo encontrará jamás"<sup>1</sup>? De hecho podremos buscar, sin encontrar ni siquiera una sola hora de ese tiempo. ¿Cuántos desean oír una palabra de Dios y no lo consiguen? Y nosotros que la oímos tan frecuentemente, la despreciamos y no salimos de nuestra torpeza. Dios sabe qué estupefacto estoy por la insensibilidad de nuestras almas.

Podemos ser salvados y no lo queremos: En efecto, podemos arrancar nues-

1. *Apoteg.* NAU 265 Cf. PL 73, 939A.

tras pasiones cuando comienzan, pero no nos preocupamos. Las dejamos endurecerse en nosotros hasta llegar al último grado del mal. Se lo he dicho a menudo: una cosa es arrancar de raíz una planta que se saca de una sola vez y otra sacar de raíz un gran árbol.

115. Un gran anciano estaba con sus discípulos en un lugar donde se encontraban cipreses de diferentes tamaños, pequeños y grandes. Dijo a uno de sus discípulos: "Arranca ese ciprés". El árbol era muy pequeño y enseguida el hermano lo arrancó con una sola mano. Luego el anciano le mostró otro ciprés más grande que el anterior diciéndole: "Arranca también aquel". El hermano lo arrancó sacudiéndolo con sus dos manos. Entonces el anciano le señaló otro más grande, que el hermano apenas pudo arrancar. Le indicó luego otro aún más grande; el hermano lo sacudió mucho y no pudo arrancarlo sino a costa de mucho esfuerzo y sudor. Finalmente el anciano le mostró otro árbol todavía más grande y esta vez el hermano ni aun con mucho trabajo y sudor pudo arrancarlo. El anciano, viendo su impotencia, ordenó a otro hermano levantarse y ayudarlo. Entré los dos consiguieron arrancarlo. "Así pasa con las pasiones, hermanos", dijo entonces el anciano. "Cuando son pequeñas podemos reprimir las fácilmente, si queremos: Pero si las descuidamos por parecernos pequeñas, se enquistarán en nosotros y cuanto más se endurezcan más difícil será arrancárselas. Y si han echado raíces profundas, no lograremos ni aun con esfuerzo, deshacernos de ellas; será preciso el auxilio de los santos que, cerca de Dios, velan por nosotros".

Véan, hermanos, qué fuerza tienen las enseñanzas de los santos ancianos. Y el Profeta nos da sobre esto la misma lección cuando dice en el Salmo: *Hija de Babilonia, miserable, feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien pueda agarrar y estrellar tus niños contra las peñas (Sal 136, 8-9).*

116. Examinemos ahora estas palabras una por una. Por *Babilonia* el Profeta entiende la confusión; lo interpreta así a través de Babel, que precisamente es Siquem. Por *hija de Babilonia* entiende la iniquidad, porque el alma entra primeramente en confusión y luego comete el pecado. Llama *miserable* a esta hija de Babilonia porque el mal no tiene ni ser ni sustancia; como ya se los he dicho anteriormente<sup>2</sup>. Es nuestra negligencia la que lo saca del no-ser y nuestra enmienda quien lo hace desvanecerse en la nada. El santo Profeta continúa dirigiéndose a la hija de Babilonia: *Feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste*. Veamos ahora lo que hemos dado nosotros, lo que hemos recibido a cambio, y aquello que debemos devolver. Hemos dado nuestra voluntad y hemos recibido a cambio el pecado. Son proclamados felices aquellos que *devuelven* el pecado; devolver es no volver a cometerlo. *Feliz*, continúa el salmista, *quien pueda agarrar y estrellar tus niños contra las peñas*. Esto significa: Feliz aquel que desde el comienzo no deja que tus brotes, es decir, los malos pensamientos, crezcan y lo lleven a realizar el

2. Conferencia X, 106.

mal, sino que enseguida y cuando son todavía *pequeños*, y antes de que hayan crecido y se hayan fortalecido en él, los agarra, los estrella contra la piedra que es Cristo, y los aniquila refugiándose cerca de Cristo.

117. Así ven, hermanos, cómo los Ancianos y las Sagradas Escrituras están unánimemente de acuerdo en proclamar felices a aquellos que luchan por reprimir las pasiones cuando apenas comienzan, antes de llegar a la experiencia de su dolor y amargura. Hagamos todo esfuerzo, hermanos, para conseguir misericordia. Luchemos un poco y encontraremos mucha paz. Los Padres han dicho cómo todos debemos purificar nuestra conciencia diariamente examinando cada noche cómo hemos pasado el día y cada mañana cómo hemos pasado la noche, y luego hacer penitencia ante Dios por todos los pecados que hayamos cometido. En verdad, nosotros que cometemos tantas faltas, necesitamos, ya que olvidamos fácilmente, examinarnos cada seis horas a fin de revisar cómo las hemos pasado y en qué hemos pecado. Que cada uno de nosotros se pregunte entonces: "¿Habré dicho algo que haya herido a mi hermano? Viéndolo hacer alguna cosa, ¿lo he juzgado o despreciado? ¿O he hablado mal de él? ¿No he murmurado contra el mayordomo porque no me entregaba lo que le pedía? ¿No he humillado y entristecido al cocinero haciendo notar que sus comidas no eran buenas? O bien, ¿no he murmurado en mi interior por mal humor?". Porque también es pecado el murmurar interiormente. Y más aún: "Si el encargado de la salmodia u otro hermano me ha hecho alguna observación, ¿la he soportado bien? ¿No le he contestado mal?". Es de esta manera, hermanos, como debemos interrogarnos al final del día, cuando examinamos en qué forma lo hemos pasado. Y hay que repetir un examen semejante con respecto a la noche. ¿Nos hemos levantado diligentemente para la vigilia? ¿No nos hemos impacientado contra el encargado de despertarnos y hemos murmurado contra él? Porque es preciso reconocer que aquel que nos despierta para las viglias nos presta un gran servicio y nos consigue grandes bienes. Nos despierta para que podamos dialogar con Dios, rogar por nuestros pecados y ser iluminados. ¡Cuán agradecidos deberíamos estarle! En cierta forma podríamos considerarlo como el instrumento de nuestra salvación.

118. Voy a contarles con respecto a esto una maravillosa historia que oí sobre un gran anciano visionario. En la iglesia, cuando los hermanos comenzaban a salmodiar, él veía un personaje resplandeciente que salía del santuario con un pequeño vaso que contenía agua bendita y una cuchara. Sumergía la cuchara en el vaso y pasando delante de todos los hermanos, marcaba a cada uno con una cruz. De los lugares que encontraba vacíos, marcaba algunos y dejaba otros. Cuando la salmodia estaba por terminar el anciano lo veía nuevamente salir del santuario y repetir los mismos gestos. Un día lo retuvo y arrojándose a sus pies le suplicó que le explicara lo que hacía y quién era. "Soy un ángel de Dios", le dijo el personaje resplandeciente, "y he recibido la misión de marcar así a aquellos que se encuentran en la iglesia al comienzo de la salmodia y a aquellos que

permanecen hasta el fin, a causa de su fervor, de su celo y de su buena voluntad. Pero, ¿por qué marca usted los lugares de algunos ausentes?”, preguntó el anciano. Y el santo ángel respondió: “Todos los hermanos fervorosos y de buena voluntad, que están ausentes por una enfermedad grave y con el consentimiento de los Padres, o que están ocupados por alguna orden, reciben también la marca, porque están de corazón con aquellos que salmodian. Es solamente a aquellos que podrían estar allí y que están ausentes por negligencia, a los que tengo orden de no marcar, ya que ellos mismos se hacen indignos”.

Ya ven, hermanos, qué servicio les presta el encargado de despertar cuando los despierta para el oficio de la iglesia. Hagan todo lo posible, hermanos, para no verse privados nunca de la marca del santo ángel. Si sucede que un hermano está distraído y otro lo llama a su deber, que no se irrite sino que, atento al bien que recibe, agradezca a su hermano, quienquiera que sea.

119. Cuando estaba en el monasterio (de abba Séridos) el abad, por consejo de los ancianos, me dio el cargo de hospedero. Yo acababa de levantarme de una grave enfermedad. Los huéspedes llegaban y yo cuidaba de ellos hasta la noche. Después era el turno de los camelleros: yo debía proveer a todas sus necesidades. Y a menudo, después de haberme acostado, se presentaban nuevas necesidades que me obligaban a levantarme. Mientras tanto llegaba la hora de la vigilia. Yo había dormido sólo un poco y el encargado de la salmodia venía a despertarme. Me sentía destrozado y como vencido a consecuencia del trabajo o de la enfermedad, porque aún tenía accesos de fiebre. Agobiado por el sueño le contestaba: “Bien, Padre, ¡que te sea tenida en cuenta tu caridad, y que Dios te la recompense! A tus órdenes, ¡ya voy, Padre!”. Pero apenas se iba volvía a caer dormido, y me afligía mucho llegar con retraso a la vigilia. Como el encargado de la salmodia no podía permanecer constantemente a mi lado, pedía a dos hermanos que uno me despertara y que el otro no me dejara adormecer en la vigilia. Y créanme, hermanos, yo los miraba como a los autores de mi salvación y sentía casi veneración por ellos. Tales son los sentimientos que ustedes deben tener con respecto a aquellos que los despiertan para el oficio de la iglesia o para cualquier otra obra buena.

120. Decíamos antes que uno debe examinar cómo ha pasado el día y la noche. ¿Hemos estado atentos durante la salmodia y el rezo? ¿Nos hemos dejado atrapar por pensamientos apasionados? ¿Hemos escuchado bien las lecturas divinas? ¿No hemos abandonado la salmodia y hemos salido de la iglesia por ligereza de espíritu? Si nos examinamos así cada día, aplicándonos a arrepentirnos de nuestras faltas y a corregirnos, comienza a disminuir la frecuencia del pecado: por ejemplo, ocho veces en vez de nueve. De tal modo, progresando poco a poco y con la ayuda de Dios, impediremos que las pasiones se fortalezcan en nosotros. Porque es un grave peligro caer en el hábito de una pasión. Aquel que ha llegado a eso, vuelvo a repetirlo, aun deseándolo ya no es capaz de dominar la pasión

por sí solo, a menos que reciba la ayuda de algunos santos.

121: ¿Quieren que les hable de un hermano que había contraído una pasión como hábito? Escuchen su historia, muy lamentable. Cuando yo estaba en el monasterio (de abba Séridos) los hermanos, no sé por qué, tenían gusto en hacerme confidente de sus pensamientos con toda franqueza. Se decía que el mismo abad, por consejo de los ancianos, me había encargado escucharlos. Un día uno de los hermanos vino a decirme: “Perdóname y ruega por mí, Padre, porque robo para comer. ¿Por qué —le pregunté— acaso tienes hambre? Sí, no como lo suficiente cuando comparto la mesa con los hermanos y además no puedo pedir más. ¿Por qué no se lo dices al abad? Tengo vergüenza. ¿Quieres que se lo diga en tu nombre? Como tú quieras, Padre”.

Fui a exponer el caso al abad y él me contestó: “Por caridad, cuida de él lo mejor que puedas”. Lo tomé entonces a mi cargo y hablé de él al mayordomo: “Ten la bondad de servir a ese hermano todo lo que desee, no importa a qué hora; si te viene a buscar no le rehúses nada. ¡Comprendido! respondió el mayordomo. El hermano, después de algunos días, volvió a decirme: Perdóname, Padre, he vuelto a robar. ¿Por qué? —le pregunté— ¿El mayordomo no te da todo lo que le pides? Sí, él me da todo lo que quiero, pero yo siento vergüenza ante él. ¿Sientes también vergüenza conmigo? ¡No! Entonces, cuando quieras algo ven que te lo daré yo, ¡pero no robes más!”.

Yo estaba entonces encargado de la enfermería. El hermano venía a buscarme y recibía todo lo que deseaba. Pero algunos días después, volvió a robar. Vino afligido a verme: “Robo todavía. ¿Por qué, hermano —le dije— acaso no te doy todo lo que necesitas? Sí. ¿Te da acaso vergüenza recibir algo de mí? No. ¿Entonces por qué robas? Perdóname, pero no sé por qué. Robo así, sin razón. Dime seriamente, ¿qué haces con lo que robas? Se lo doy al asno”.

Y se descubrió en efecto que este hermano robaba habas, dátiles, higos, cebollas, en síntesis todo lo que encontraba. Lo escondía bajo su estera o afuera. Finalmente no sabiendo qué hacer y viendo que las cosas se echaban a perder, las tiraba o se las daba a los animales.

122. Ya ven, hermanos, lo que es tener una pasión como hábito. Qué desgracia, qué miseria, ¿no es cierto? Ese hermano sabía que obraba mal, sabía que hacía el mal, estaba desolado, lloraba, y sin embargo el desdichado era arrastrado por el mal hábito que su anterior negligencia había enraizado en él. Como bien dice abba Nisteros: “Quienquiera que es arrastrado por una pasión se convierte en esclavo de la pasión”<sup>3</sup>.

Que Dios en su bondad nos arranque de los malos hábitos para que no ten-

3. *Apoteq. desconocido.*

ga que decimos: *¿De qué vale mi sangre, el que yo baje a la tumba? (Sal 29,10)*. Ya les he explicado anteriormente cómo se cae en el hábito. Porque no se llama colérico a aquel que se encoleriza una sola vez, ni impúdico a aquel que comete una sola impureza, así como no se llama caritativo a aquel que da una sola vez limosna. Son la virtud y el vicio practicados de manera continua los que engendran un hábito en el alma y este hábito procura sea el castigo sea la paz del alma. Hemos dicho en otra ocasión que la virtud proporciona la paz al alma y hemos visto cómo el vicio la castiga. Y es porque la virtud es natural en nosotros, está en nosotros. "Su germen es indestructible"<sup>4</sup>. Entonces habituarse a la virtud por la práctica del bien es recobrar su propio estado, es volver a la salud, así como se recobra la vista normal después de una enfermedad en los ojos, o su salud natural, propia, después de no importa qué enfermedad. Pero no pasa lo mismo con el vicio. Por la práctica del mal adoptamos un hábito extraño a nosotros, contra nuestra naturaleza, contraemos una especie de enfermedad crónica. Y no podremos recobrar la salud sin un auxilio abundante, sin muchas oraciones y lágrimas que logren despertar la misericordia de Cristo en favor nuestro.

Y así también lo constatamos en nuestro cuerpo. Algunos alimentos, por ejemplo, producen melancolía: el repollo, las lentejas, etc. No por el hecho de comer una o dos veces repollo, lentejas y otra cosa semejante se engendrará un humor melancólico, pero si los tomamos continuamente aumentará ese tipo de humor, provocará en el individuo fiebres ardientes, así como le acarreará mil inconvenientes. Lo mismo sucede con el alma: si se persevera en el pecado nace en el alma un hábito vicioso y este hábito llevará en sí mismo su castigo.

123. Es preciso por lo tanto, hermanos, que ustedes sepan esto: puede suceder que un alma sienta inclinación por alguna pasión. Si se deja llevar una sola vez a ponerla por obra, corre el riesgo de caer inmediatamente en el hábito de esa pasión. Lo mismo ocurre con el cuerpo. Si alguien ya es de un temperamento melancólico a consecuencia de su dejadez pasada, uno solo de estos alimentos podrá quizá excitar e inflamar enseguida ese humor.

Es necesario entonces cuidado, celo y temor continuos, para no caer en un mal hábito. Créanme, hermanos, el que tenga una sola pasión como hábito está condenado al castigo. Puede pasar que obre diez buenas acciones por una sola mala según su pasión, pero esta única acción proveniente de su hábito vicioso llevará ventaja sobre las otras diez buenas. Es como si un águila se hubiera sorprendido de una red que la atrapaba quedando solamente una garra prendida: por este lazo insignificante, toda su fuerza es aniquilada. Porque por mucho que se encuentre libre de la red, si una sola de sus garras queda enganchada, ¿no sigue acaso presa de la red? Y el cazador, ¿no podrá acaso derribarla cuando quiera? Así pasa con el alma: si tiene una sola pasión hecha hábito, el enemigo la derriba cuando le parece; la tiene en su poder gracias a esa pasión. Por eso es que

4. EVAGRIO, *Tratado Práctico*, I, 65 PG 40, 1240.

no ceso de decirles, hermanos, que no dejen que una pasión cree hábito en ustedes. Luchemos más bien pidiendo a Dios noche y día no caer en la tentación.

Si llevamos desventaja, como hombres que somos, y nos deslizamos en el pecado, apresurémonos a levantarnos enseguida. Hagamos penitencia. Lloremos ante la divina bondad. Velemos, combatamos y Dios, viendo nuestra buena voluntad, nuestra humildad y nuestra contrición, nos tenderá la mano y tendrá misericordia de nosotros. Amén.

### XIII. CONFERENCIA: LAS TENTACIONES

138. Como ha dicho muy bien abba Poimén, el verdadero monje se da a conocer en las tentaciones. Como dice la Sabiduría, el monje que se compromete a servir a Dios debe *prepararse para las tentaciones (Ecl 2,1)*, a fin de que no se sorprenda ni perturbe por lo que pueda acontecerle, creyendo firmemente que todo aquello que le sucede responde a la Providencia de Dios. Y donde se encuentra la Providencia de Dios, todo lo que llega es necesariamente bueno y de provecho para el alma. Todo lo que Dios hace con nosotros lo hace para nuestro crecimiento, con amor y bondad para con nosotros. De esta manera, como dice el Apóstol: *En todas las cosas debemos dar gracias (1Ts 5,18)* por su bondad, y no descorazonarnos nunca ni desfallecer por lo que nos suceda, sino recibir sin perturbarnos todos los acontecimientos, con humildad y confianza en Dios, seguros, tal como he dicho, de que todo lo que Dios permite lo hace para nuestro bien, por amor a nosotros, y sea lo que fuere está bien hecho. Y las cosas nunca están bien hechas sino cuando Dios en su misericordia dispone de ellas.

139. Si una persona tiene un amigo y sabe que lo estima, seguramente si sufre algo de parte de él, aunque sea algo muy penoso, estará seguro de que lo hace porque lo quiere y no llegará a pensar nunca que se lo hace para dañarlo. ¿Cuánto más debemos considerar que todo lo que hace Dios, nuestro Creador, que nos sacó de la nada para darnos el ser, que se hizo hombre y murió por nosotros, lo hace por amor y para nuestro bien! Porque en lo que se refiere a un amigo, si bien puedes pensar que actúa con la intención de hacerme un bien, no necesariamente ha de tener suficiente inteligencia para ocuparse de mis intereses y de ese modo, aun sin quererlo, puede hacerme daño. Pero de Dios no podemos decir lo mismo, ya que él es la fuente de la sabiduría. El sabe todo lo que nos es provechoso, y en vista de eso regula todos nuestros acontecimientos, hasta el más mínimo. Respecto de un amigo, también podemos decir: me ama y quiere mi bien; es bien inteligente como para ocuparse de mis intereses, pero no tiene la fuerza necesaria para ayudarme en lo que él cree que puede. Pero eso tampoco podríamos decirlo de Dios, ya que todo le es posible y para él no hay nada imposible.



De este modo, sabemos que Dios ama a su creatura y quiere para ella lo que es bueno; El es también la fuente de la sabiduría y sabe cómo arreglar nuestras actividades; nada le es imposible porque todas las cosas están sometidas a su voluntad. Sabiendo entonces que todo lo que hace lo hace para nuestro provecho, debemos recibirlo como he dicho, con acción de gracias, como proveniente de un Maestro generoso y bueno, aunque sea algo penoso. Todo proviene de su justo juicio y Dios, que es tan misericordioso, no mira con indiferencia las penas que nos puedan sobrevenir.

140. Frecuentemente nos hacemos la siguiente pregunta: si en las adversidades el sufrimiento nos conduce a pecar, ¿cómo podremos decir que son para nuestro bien? Pues pecamos, en ese caso, cuando nos falta resignación y no queremos soportar lo más mínimo ni sufrir nada que nos contraríe. Porque en efecto, Dios no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas, tal como dice el Apóstol: *Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podáis soportar (1Co 10,13)*. Somos nosotros los que no tenemos paciencia, y no queremos sufrir un poco ni soportar lo que se nos manda con humildad. De esta manera las tentaciones nos quebrantan, y cuanto más nos esforzamos por escapar de ellas, más nos abaten y nos descorazonan, sin por eso poder librarlos de las mismas.

Los que nadan en el mar y conocen el arte de la natación, se sumergen cuando les llega la ola, y la pasan por debajo, hasta que se aleja. Después siguen nadando sin dificultad. Si quisieran enfrentar la ola, los chocaría y los llevaría a buena distancia. Al volver a nadar les viene otra ola y si se resisten nuevamente, otra vez serán llevados lejos y sólo lograrán fatigarse sin avanzar. En cambio si se sumergen bajo la ola, si se agachan por debajo de ella, la ola pasará sin arrastrarlos; podrán seguir nadando cuanto quieran y lograr la meta que quieren alcanzar. Lo mismo sucede con las tentaciones. Soportadas con humildad y paciencia, pasan sin hacer daño. Pero si insistimos en afligirnos, en alterarnos, en acusar a todo el mundo, sufrimos nosotros mismos, la tentación se transforma en insoportable, y finalmente no sólo no nos resulta de provecho, sino que nos hace daño.

141. Las tentaciones son muy provechosas para quien las soporta sin atormentarse. Incluso si es una pasión la que nos aflige, no debemos perturbarnos por ello. Si nos perturbamos se debe a nuestra ignorancia y a nuestro orgullo, lo cual es debido al desconocimiento del estado de nuestra alma, y al querer huir del sufrimiento. Como dicen los Padres: “Si no progresamos, se debe a que ignoramos nuestros límites, a que no tenemos constancia en las obras que comenzamos y a que queremos alcanzar la virtud sin ningún esfuerzo”<sup>1</sup>. ¿A qué se debe que el que está preso de una pasión se asombre de ser atormentado por ella? ¿Por qué

1. *Apoteg.* NAU 297 PL 73, 897C.

se atormenta por un lado, mientras que por el otro la pone en práctica? ¿La tienes y te escandalizas? La tienes dentro y te dices: "¿Por qué me atormenta?" Mejor sopórtala, combátela e invoca a Dios. Es imposible no sufrir los efectos de una pasión cuando se ha llegado a ponerla en práctica. Abba-Sisoēs decía: "Los instrumentos de las pasiones están dentro tuyo. Devuélveles lo que les pertenece y se irán"<sup>2</sup>. Por "instrumentos" entendía sus causas. En tanto que las amamos y nos valemos de ellas es imposible que no seamos víctimas de pensamientos apasionados, que llegan incluso a violentar nuestra voluntad para poner en práctica la pasión, puesto que voluntariamente nos hemos entregado en sus manos.

142. Esto es lo que dice el Profeta acerca de Efraín, quien *ha maltratado a su adversario*, es decir a su conciencia, y *ha pisoteado el juicio* (Os 5,11). *Buscó a Egipto*, dice, y *ha sido llevado a la fuerza por los asirios* (cf. Os 7,11). Por Egipto los Padres entienden el deseo carnal, que nos inclina a complacer al cuerpo y vuelve sensual al espíritu; y por *asirios*, los pensamientos apasionados, que ensucian y entenebrecen el espíritu, lo llenan de imágenes impuras y lo fuerzan contra su voluntad a cometer el pecado. Cuando uno se entrega deliberadamente a los placeres del cuerpo, será necesariamente llevado a la fuerza por los asirios, aunque él no lo quiera, para servir a Nabucodonosor. Sabiendo eso, el Profeta desfallecía y decía: *No vayáis a Egipto* (Jr 42,19); ¿Qué es lo que hacen, desdichados? ¡Humíllense un poco, doblen la cerviz, trabajen por el rey de Babilonia y permanezcan en la tierra de sus padres! Después los alentaba diciendo: *No temáis al rey de Babilonia porque Dios está con nosotros para librarnos de sus manos* (Jr 42,11). Luego les anunciaba el mal que les llegaría si no obedecían a Dios: *Si vais a Egipto será un callejón sin salida, seréis reducidos a esclavitud y objeto de maldiciones y ultrajes* (cf. Jr 42, 15-18). Pero ellos le respondieron: *No nos quedaremos en este país. Iremos a Egipto; donde no habrá guerra, no oiremos más el sonido de la trompeta y no pasaremos más hambre* (cf. Jr 42, 13-14). Se fueron entonces a servir voluntariamente al Faraón, pero en seguida fueron llevados por la fuerza hacia Asiria, y pasaron a ser, a pesar suyo, sus esclavos.

143. Presten atención a estas palabras. Aquel que no ha puesto en práctica una pasión, aunque los pensamientos le hagan la guerra, se encuentra todavía en su propia ciudad, es libre y tiene a Dios para que lo ayude. Si se humilla ante El y sobrelleva con acción de gracias el peso de la gravosa tentación, luchando un poco, el auxilio de Dios lo salvará. Pero si por el contrario rehúye la pena y se deja llevar por el placer del cuerpo, será llevado necesariamente por la fuerza al país de los asirios para servirlos, muy a pesar suyo.

Pero el Profeta dice también a los israelitas: *Orad por la vida de Nabucodonosor, pues de su vida depende vuestra salvación* (Ba 1,11-22). Nabucodonosor

2. *Apotege*. SISOES-6 PG 65, 393A.

simboliza el no desfallecer ante la prueba de la tentación que sobreviene, ni rebelarse contra ella, sino soportarla humildemente, sobrellevarla como una cosa merceda, creer que no se es digno de ser liberado de ese fardo, sino más bien de que la tentación se prolongue y se haga más fuerte, con la certeza de que si bien se desconoce la causa por el momento, nada desubicado ni injusto puede provenir de Dios. Así pensaba el hermano que se afligía y lloraba porque Dios le había quitado la tentación: "Señor, decía, ¿acaso no soy digno de sufrir un poco?"<sup>3</sup>. También se relata que el discípulo de un gran anciano fue tentado un día de fornicar. El anciano al verlo apenado le dijo: "¿Quieres que le pida a Dios que te alivie de este combate?". Pero el discípulo le respondió: "Si tengo que sufrir una pena, Padre, veo el fruto de ella en mí. Pídele más bien a Dios que me dé paciencia"<sup>4</sup>.

144. ¡Estos son los que realmente desean ser salvados! Y esto es llevar con humildad el yugo y orar por la vida de Nabucodonosor. El Profeta dice: *Porque de su vida depende vuestra salvación*. Quien dice como ese hermano: "Veo en mí el fruto de mi pena", equivale a decir: *De su vida depende mi salvación*. Esto se lo muestra el anciano cuando le responde al hermano: "Hoy sé que estás en el camino del crecimiento y que me superas".

Porque verdaderamente, si uno combate por no cometer pecado y se pone a luchar contra los mismos pensamientos apasionados que le vienen al alma, y es humillado y quebrantado por la lucha, poco a poco, el sufrimiento de los combates lo va purificando y lo lleva al estado natural. Tal como hemos dicho, perturbarse cuando se combate una pasión es fruto de la ignorancia y del orgullo. Más bien debemos reconocer nuestros límites humildemente, y esperar en la oración que Dios tenga misericordia. Porque el que no es tentado y desconoce el tormento de las pasiones, no lucha y no puede ser purificado. Respecto de ello dice el Salmo: *Cuando los pecadores crecen como la hierba, y se revelan todos los que hacen el mal, es para ser aniquilados para siempre (Sal 91,8)*. Los pecadores que brotan como la hierba son los pensamientos apasionados, pues la hierba es frágil y sin fuerza. Cuando los pensamientos apasionados brotan en el alma, entonces se revelan todos los que hacen el mal, es decir, se descubren las pasiones, *para ser aniquiladas para siempre*. Sólo cuando las pasiones se manifiestan a los que combaten, es cuando las pueden aniquilar.

145. Vean de qué forma se encadenan estas palabras: primero nacen los pensamientos apasionados, luego se manifiestan las pasiones y es entonces cuando son aniquiladas. Todo esto se refiere a los que luchan, pero nosotros, que cometemos pecados y jugueteamos con las pasiones, no podemos saber cuándo nacen esos pensamientos apasionados, ni cuándo aparecen las pasiones para poder combatir

3. Apoteg. NAU 192 PL 73, 897B.

4. Apoteg. NAU 170 PL 73, 742 y 878C.

contra ellas. Todavía estamos abajo, en Egipto, miserablemente ocupados en hacer ladrillos para el Faraón. ¿Quién al menos nos dará la posibilidad de tomar conciencia de nuestra amarga servidumbre, a fin de huffillarnos y esforzarnos por obtener misericordia?

Cuando los hijos de Israel estaban en Egipto al servicio del Faraón, se dedicaban a hacer ladrillos, y los que hacen ladrillos están continuamente encorvados, con la mirada fija en la tierra. Del mismo modo, si el alma es presa del diablo y peca, el diablo echa por tierra su espíritu, le prohíbe todo pensamiento espiritual, y le obliga a pensar y hacer continuamente cosas terrenas. Con los ladrillos que fabricaron los hijos de Israel construyeron tres ciudades fortificadas para el Faraón: Pitón, Ramsés y On, que es Eliópolis (*Ex 1,11*): que son el amor al placer, el amor al dinero y el amor a la gloria, las tres fuentes de todos los pecados.

146. Al enviar Dios a Moisés para librarlos de la servidumbre del Faraón y hacerlos salir de Egipto, el Faraón les hizo más duros todavía los trabajos y les dijo: *¡Vosotros sois unos perezhosos!, por eso andáis diciendo: queremos ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios (Ex 5,17)*. Del mismo modo, cuando el diablo ve que Dios se ha fijado en un alma para tenerle misericordia, aliviándola de sus pasiones, sea por una palabra sea por alguno de sus servidores, entonces la fustiga cada vez más intensamente con el peso de las pasiones y la ataca con más virulencia. Sabiendo esto los Padres fortalecían al hombre con sus enseñanzas y no dejaban que se antedrentase. Uno de ellos dijo: "¿Has caído? ¡Levántate! ¿Caes de nuevo? ¡Levántate nuevamente!"<sup>5</sup>. Otro dice: "La fuerza de los que quieren adquirir las virtudes consiste en no descorazonarse cuando caen, sino retomar sus propósitos"<sup>6</sup>. Cada uno a su manera, de una forma u otra, tienden la mano a los que son combatidos y atormentados por el enemigo. Al hacer esto los Padres se inspiraban en las Palabras de la divina Escritura: *El que cae ¿no se vuelve a levantar? Y el que se aleja ¿no vuelve? Volved, hijos, a mí y yo curaré vuestras heridas, dice el Señor (Jr 8,4 y 3,22)*. Y otros textos semejantes.

147. Cuando el peso de la mano de Dios cayó sobre el Faraón y los suyos, y consintió en dejar partir a los hijos de Israel, dijo a Moisés: *Id a sacrificar al Señor vuestro Dios, pero dejad vuestros rebaños y vuestros bueyes (Ex 10,24)*, figura de los pensamientos del alma, de los cuales el Faraón quería seguir siendo el dueño, con la esperanza de hacer volver por ellos a los hijos de Israel. Pero Moisés le respondió: *No, debes darnos algo para ofrecer sacrificios y holocaustos al Señor, nuestro Dios. Llevaremos nuestros rebaños con nosotros. No*

5. Apoteg. SISOES 38 PG 65, 404C.

6. Apoteg. MOISES PG 40, 1148C.

*quedará ni uno* (Ex 10,25-26). Cuando los hijos de Israel, bajo la conducción de Moisés, abandonaron Egipto y pasaron el Mar Rojo, Dios, queriendo conducirlos a las setenta palmeras y a las doce fuentes de agua, los llevó primero a Mará, y el pueblo se desesperó al no encontrar agua para beber, porque el agua era amarga. Pero después de Mará Dios los condujo al lugar de las setenta palmeras y las doce fuentes de agua (cf. Ex 15).

148. Del mismo modo el alma que ha dejado de cometer pecados y atraviesa el mar espiritual, debe en primer lugar sufrir en la lucha y en las aflicciones, porque es así, por las pruebas, como entrará en el santo reposo. *Porque debemos pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de los cielos* (Hch 14,22). Las tribulaciones mueven la misericordia de Dios hacia el alma, así como los vientos desatan la lluvia. Y así como las excesivas lluvias pudren el brote tierno y destruyen su fruto, mientras que el viento los va secando poco a poco, dándoles vigor, lo mismo sucede con el alma: el relajamiento, la despreocupación, la debilitan y la disipan; las tentaciones, por el contrario, traen el recogimiento y la unión con Dios. *Señor*, dice el Profeta, *en la tribulación nos hemos acordado de ti* (Is 26,16). No debemos por tanto, como he dicho, perturbarnos o desconazonarnos en las tentaciones, sino tener paciencia, dar gracias y pedir a Dios sin cesar, con humildad, que tenga piedad de nuestra debilidad y nos protéja contra toda tentación para gloria suya. Amén.

#### XIV CONFERENCIA: SOBRE EL EDIFICIO Y LA ARMONIA DE LAS VIRTUDES DEL ALMA

149. La Escritura dice de aquellas matronas que dejaban vivir a los niños varones de los israelitas: *Por su temor de Dios, ellas se construyeron casas* (cf. Ex 1,21). ¿Se trata de casas materiales? ¿Pero cómo puede decirse que ellas construyeron tales casas por el temor de Dios, cuando por el contrario se nos enseña que es ventajoso abandonar por el temor de Dios hasta aquello que poseemos? (cf. Mt 19,29). No se trata entonces de una casa material, sino de la casa del alma que se levanta por la observancia de los mandamientos de Dios. Con estas palabras la Escritura nos enseña que el temor de Dios dispone el alma a guardar los mandamientos y por ellos se edifica la casa del alma. Cuidémonos entonces, hermanos. Tengamos también temor de Dios y construyámonos nuestras casas para encontrar abrigo en el mal tiempo, en caso de lluvia, de relámpagos, de truenos, porque la mala estación es una gran calamidad para aquellos que no tienen morada.

150. ¿Pero cómo se edifica la casa del alma? Podemos aprenderlo con exactitud viendo construir una casa material. El que quiera construirla debe asegurarla por

todas partes, debè levantarla sobre sus cuàtrò costados y no debe ocuparse de una sola partè descuidandò las òtras, pues de otra manera no llegaría a nadá, perdería su esfuerço y todos sus gastos serían inútilés. Así pasa cón el almá. El hombre no debe descuidar ningún elemento de su edificio, sino irlo elevando de forma pareja y armoniosa. Es lo que dice abba Juan: "Desearía que el hombre tomè un poco de cada virtud y no haga lo que algunos que se afèrañ a una sola virtud, se acantonan en ella y no practican más que esa, descuidando las otras"<sup>1</sup>. Quizá tengan una superioridad en el ejercicio de tal virtud y consecuentemente no se verán molestados por la pasión contraria. Sin embàrgò las demás pasiones los asedian y los oprimen, però ellos no se preocupan y se imaginan poseer algo grande. Se asemejan a un hombre que construye una única pared y la levanta tan alta como puede y luego considerando su altura piensa haber hecho algo grande, sin aperçibirse de que el primer golpe de viento la echará por tierra. Porqué se levanta sola sin el apoyo de otras paredes. Tampoco puede servir como un refugio ya que se estaría al descubierto por los demás lados. No hay entonces que proceder de este modo, sino que quien quiera construir su casa para refugiarse en ella, deberá construirla por cada costado y asegurarla en todas sus partes.

151. Hè aquí cómo: primeramente, deberá hacer el cimiento, que sería la fe. Ya que *sin la fe* —dice el Apóstol— *es imposible agradar a Dios (Hb 11, 6)*. Luego sobre ese cimiento deberá construir un edificio bien proporcionado. ¿Tiene ocasión de obedecer? ¿Que coloque una piedra de obediencia! ¿Un hermano se irrita contra él? ¿Que coloque una piedra de paciencia! ¿Debe practicar la templanza? ¿Que coloque una piedra de templanza! Así de cada virtud que se presente deberá colocar una piedra en su edificio y levantarlo de esa manera con una piedra de compasión, otra de privación de su voluntad, otra de mansedumbre y así sucesivamente. Debè cuidar sobre todo de la constancia y de la fortaleza, que son piedras angulares: son las que hacen sólida a una construcción, uniendo las paredes entre sí e impidiéndoles doblegarse y dislocarse. Sin ellas somos incapaces de perfeccionar virtud alguna. Pues el alma sin valor carecerá también de constancia y sin constancia nadie puede obrar el bien. Así el Señor dice: *Vosotros salvaréis vuestras almas por vuestra constancia (Lc 21, 19)*.

El constructor deberá también colocar cada piedra sobre cemento pues si colocara las piedras una sobre la otra sin cementar, se separarían y la casa caería. El cemento es la humildad porque está hecho de tierra, que todos tenemos bajo nuestros pies: Una virtud sin humildad no es tal, y como dice el libro de los Ancianos: "Así como no se puede construir un navio sin clavos, igualmente es imposible salvarse sin humildad"<sup>2</sup>. Debemos pues, si realizamos algún bien, hacerlo con humildad para poder conservarlo por la humildad. La casa deberá todavía tener lo que se llama el encadenado: se trata de la discreción que con-

1. *Apoteg. JUAN COLQBÓS 34 PG 65, 216A.*

2. *Apoteg. SINCLÉTICA PG 28, 1521B.*

solida la casa, une las piedras entre sí y hace más firme el edificio, dándole al mismo tiempo una buena apariencia.

El techo sería la caridad, que es la culminación de las virtudes así como de la casa (cf. Col 3,14). Después del techo viene la baranda de la terraza. ¿Qué sería esta baranda? Está escrito en la Ley: *Cuando construyáis una casa y hagáis un techo con terraza, rodeadla con una baranda para que vuestros pequeños no se caigan de ella* (Dt 22,8). La baranda es la humildad, corona y guardiana de todas las virtudes. Así como cada virtud debe estar acompañada de la humildad, como la piedra colocada sobre el cemento, igualmente la perfección de la virtud exige la humildad, y es progresando en ella como los santos llegan con naturalidad a la perfección. Se los digo siempre: cuanto más nos acercamos a Dios, más pecadores nos vemos.

Pero, ¿quiénes son esos niños de quienes la Ley dice: *Para que no se caigan del techo*? Son los pensamientos que nacen en el alma: hay que cuidarlos con humildad para que no caigan del techo, es decir de la perfección de las virtudes.

152: Y he aquí la casa terminada. Tiene su encadenado, su techo y su baranda. En resumen, la casa está lista. ¿No le falta nada? Sí, hemos omitido algo. ¿Qué? Que el constructor sea hábil, si no su construcción será endeble y un buen día se derrumbará. El constructor hábil es aquel que trabaja con conocimiento. Podemos en efecto dedicarnos a edificar nuestra virtud pero si no lo hacemos con ciencia, perderemos el tiempo y permaneceremos en la incoherencia sin llegar a terminar nuestra labor; colocamos una piedra y la sacamos. Sucedería también que poniendo una lleguemos a sacar dos. Por ejemplo un hermano acaba de decirnos una palabra desagradable o hiriente. Tú guardas silencio y pides disculpas: has colocado una piedra. Después de lo cual vas y dices a otro hermano: "Fuñano me ha ofendido, me ha dicho esto y aquello. Yo no solo no le he contestado sino que le he pedido disculpas". Aquí tienes, habías puesto una piedra, has retirado dos. Se puede también pedir disculpas con el deseo de ser alabado, encontrándose así unida la humildad a la vanagloria. Es colocar una piedra y luego sacarla. Aquel que se disculpa sabiamente, se persuade realmente de haber cometido una falta, está convencido de ser él mismo la causa del mal. Esto es pedir disculpas con ciencia. Otro practica el silencio pero no lo hace con ciencia porque cree realizar un acto de virtud. Esto no le sirve de nada. Él que calla con ciencia, se juzga indigno de hablar, como dicen los Padres, y este es el silencio practicado sabiamente. Otro no tiene alta opinión de sí y cree que hace algo grande en reconocerlo que se humilla: no sabe que no hace absolutamente nada porque no obra sabiamente. No tener demasiada alta opinión de sí mismo sabiamente, sería tenerse por nada e indigno de ser confiado entre los hombres, como abba Moisés, que se decía a sí mismo: "Negro sucio, no eres un hombre, ¿y quieres estar entre ellos?"<sup>3</sup>

3. Apôtég. MOÏSÈS 4 PG 65, 284B.

153. Otro ejemplo: alguien atiende a un enfermo pero en vista de una recompensa. Esto tampoco es obrar sabiamente. Si le sucede algo desagradable, renuncia de inmediato a su obra buena y no puede llevarla a buen fin porque no la realizaba sabiamente. Por el contrario, aquel que atiende a un enfermo sabiamente lo hace para adquirir compasión y misericordia. Si tiene tal intención, la prueba puede venirle de afuera, el enfermo mismo puede impacientarse con él: lo soportará sin alterarse, atento a su fin y sabiendo que el enfermo está haciendo más por él que él por el enfermo. Porque, créanme, cualquiera que atiende a un enfermo sabiamente será aliviado de las pasiones y las tentaciones.

Yo conocí a un hermano que, atormentado por un deseo vergonzoso, fue liberado de él por haber atendido sabiamente a un enfermo de disentería. Evagrio cuenta también que un hermano perturbado por alucinaciones nocturnas fue liberado de ellas por un gran anciano, quien le prescribió atender a los enfermos además del ayuno. A tal hermano que le preguntaba la razón contestó: "Nada apaga mejor tales pasiones que la misericordia"<sup>4</sup>.

Aquel que se entrega a la ascesis por vanagloria o figurándose que así practica la virtud, no lo hace sabiamente. De ahí proviene el que se ponga a despreciar a su hermano, creyéndose él mismo gran cosa. No sólo pone una piedra y retira dos, sino que al juzgar a su prójimo corre el riesgo de hacer caer toda la pared. Aquel que se mortifica sabiamente, no se tiene por virtuoso ni desea ser alabado como asceta, sino que por la mortificación espera conseguir la templanza y por ella llegar a la humildad. Ya que, según los Padres, "el camino de la humildad son los trabajos realizados sabiamente"<sup>5</sup>.

En resumen, se debe practicar cada virtud como ya lo hemos dicho, de manera de llegar a adquirirla para luego transformarla en hábito. Entonces seremos, como ya he dicho, buenos y hábiles constructores, capaces de construir sólidamente nuestra casa.

154. Aquel que desea llegar con la ayuda de Dios a tal estado de perfección no deberá decir: "Las virtudes son demasiado elevadas, no podré alcanzarlas". Sería hablar como hombre que no confía en la ayuda de Dios o que no es solícito en la práctica del bien. Examinemos cualquier virtud y verán ustedes que depende de nosotros el éxito, si lo queremos. Así la Escritura dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv 19,18)*. No midas qué alejado estás de tal virtud; no te pongas temeroso y digas: "¿Cómo puedo amar a mi prójimo como a mí mismo? ¿Cómo podré preocuparme por sus penas como si fueran mías y sobre todo de aquellas que permanecen ocultas en su corazón y que ni veo ni conozco como conozco las mías?". No alimentes tales pensamientos ni imágenes que la virtud es difícil, inalcanzable. Comienza siempre poniéndote en ac-

4. EVAGRIO, *Tratado Práctico* II, 91 PG. 1249B. *Cuadernos Monásticos* 37, 1976 p.244.

5. *Apotege*. NAU 323 PL 73, 967C. Ya fue citado completo en la nota 13 de la *II Conferencia*.



ción y depositando tu confianza en Dios. Muéstrale tu deseo y tu buena voluntad y verás la ayuda que te enviará para que logres triunfar.

Una comparación: imagina dos escalas. Una de ellas se levanta hacia el cielo, la otra desciende hasta los infiernos. Tú estás sobre la tierra entre las dos escalas. No te digas: "¿Cómo podría volar desde la tierra y encontrarme de golpe en la cúspide de esa escala?". Esto no sería posible ni Dios te lo pide. Pero ten cuidado por lo menos de no descender: no hagas mal al prójimo, no lo hieras, no lo critiques, no lo ofendas, no lo desprecies. Después ponte a practicar el bien reconfortando con tus palabras a tu hermano, demostrándole tu compasión y proporcionándole algo que necesite. Y así escalón por escalón llegarás con la ayuda de Dios a la cúspide de esa escala. Porque esa fuerza de ayudar al prójimo como llegarás a desear su provecho y beneficio igual que el tuyo y esto será *amar al prójimo como a ti mismo*. Si buscamos encontraremos, si pedimos a Dios Él nos iluminará. Porque el Señor dice en el Evangelio: *Pedid y se os dará; buscad y encontraréis, golpead y se os abrirá (Mt 7,7; Lc 11,9)*. Dice *pedid* para que roguemos por la oración. *Buscad* es examinar cómo se origina esta virtud, qué nos proporciona y qué debemos hacer para adquirirla. Hacer cada día este examen sería *buscad y encontraréis*. *Golpead* es cumplir los mandamientos ya que golpeamos con las manos y las manos significan la acción.

Luego debemos no sólo pedir sino buscar y practicar, esforzándonos por estar, como dice el Apóstol, *listos para toda buena acción (2Tm 3,17)*. ¿Qué quiere decir con esto? Que si alguien quiere construir un barco prepare primero todo aquello que necesita, desde los trozos más pequeños de madera hasta el pegamento y la estopa. Más aún: si una mujer quiere iniciar una labor, preparará hasta la aguja más pequeña y el más pequeño hilo. El tener todo así preparado para cualquier cosa es lo que se dice: *estar listos*.

155. Estemos pues completamente preparados *para toda buena acción*, dispuestos a realizar la voluntad de Dios sabiamente como Él quiere y para su agrado. El Apóstol dice: *Lo que Dios quiere como bueno, lo que le es agradable, lo que es perfecto (Rm 12,2)*. ¿Qué se entiende por esto?

Todo llega porque Dios lo permite o porque así lo desea, como dice el Profeta: *Soy yo, el Señor, quien hace la luz y crea las tinieblas (Is 45,7)*, más aún: *No hay mal en la ciudad que el Señor no lo haya hecho (Am 3,6)*. Por mal se entienden todas las desgracias, es decir las pruebas que nos suceden para nuestra corrección, por causa de nuestra malicia: hambre, pestes, sequía, enfermedades, guerras. Estos males no llegan por deseo de Dios sino porque Él los permite: permite que nos sean infligidos para nuestro provecho. Luego Dios no quiere que nosotros los deseemos ni que los apoyemos.

Si, por ejemplo, la voluntad de Dios permite la destrucción de una ciudad, no nos pide que vayamos a prenderle fuego e incendiarla o tomemos hachas para demolerla. Y si Dios permite que un hermano esté afligido o caiga enfermo,

no quiere que nosotros mismos contribuyamos a afligirlo diciéndonos: "Puesto que es la voluntad de Dios que este hermano esté enfermo, no ejerzamos misericordia con él". Dios no quiere esto, no desea que cooperemos con su voluntad cuando es de esta clase. Quiere que nos mantengamos buenos, cuando no quiere que nosotros deseemos cooperar. ¿Y dónde quiere que se dirija nuestra voluntad? A todo aquello que es bueno, a todo aquello que responde a su voluntad, es decir, a todo aquello que es objeto de precepto: amarse los unos a los otros, ser compasivos, dar limosna, etc. Esto es *lo que Dios quiere como bueno*.

¿Qué debemos entender por *aquello que le es agradable*? Aun realizando una buena acción no hacemos necesariamente lo que es agradable a Dios. Me explico. Tomemos por ejemplo un hombre que encuentra una huérfana pobre y linda. Encantado por su belleza la recoge y la educa en su condición de huérfana. Sería aquí obrar lo que Dios quiere y en conciencia algo bueno, pero no *lo que le es agradable*. Aquello agradable a Dios sería la limosna hecha no por consideraciones humanas sino por causa del bien mismo y por compasión. En fin *aquello que es perfecto* es la limosna hecha sin parsimonia, ni lentitud o frialdad, sino con todas nuestras fuerzas y de todo corazón. Es dar como si recibiéramos nosotros mismos, es ser benefactor como si fuéramos nosotros los beneficiados. Está es *lo perfecto*. Es así como debe realizarse, según dice el Apóstol: *Aquello que Dios quiere como bueno, aquello que le agrada, aquello que es perfecto*. Y esto sería obrar con ciencia.

156. Debemos pues conocer el bien de la limosna y su virtud; porque ella es grande y tiene hasta el poder de borrar los pecados, según la palabra del Profeta: *El rescate del hombre es su propia riqueza (Pr 13,8)*. Y además: *Rescata tus pecados con tus limosnas (Dn 4,24)*. El Señor mismo ha dicho: *Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso (Lc 6,36)*. No ha dicho: "Ayunad como vuestro Padre celestial ayuna, ni, sed pobres como vuestro Padre celestial es pobre", sino: *Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*. Porque es especialmente esta virtud la que asemeja a Dios, ella es propia de Dios. Es preciso entonces, como decíamos, tener nuestros ojos fijos en tal meta y hacer limosna con ciencia. En efecto, existen gran variedad de motivos en la práctica de la limosna. Este la practica para que su campo sea bendecido, y Dios bendice su campo; aquél por la seguridad de su barco, y Dios salva su barco; aquél otro por sus hijos, y Dios los protege; otros para recibir honores y Dios se los procura. Dios no rechaza a nadie y da a cada cual lo que busca, siempre que no perjudique a su alma. Pero todos ellos han recibido su recompensa, no se han reservado nada ante Dios porque el fin que perseguían no era el provecho de su alma. ¿Has hecho limosna para que tu campo sea bendecido? Dios lo ha bendecido. ¿Lo has hecho por tus hijos? Dios los ha protegido. ¿Para recibir honores? Dios te los ha concedido. ¿Qué te debe el Señor? Te ha pagado el salario por el cual has obrado.

157. Alguien hace limosna para verse preservado del castigo futuro. Este obra por su alma. Obra según Dios pero no como Dios quiere porque todavía lo hace en condición servil: en efecto, el esclavo no cumple la voluntad de su amo voluntariamente sino porque teme el castigo. Hace limosna para ser preservado del castigo y Dios lo preserva. Otro practica la limosna para recibir su recompensa. Está mejor pero no todavía como Dios lo quiere, no está todavía en disposición de un hijo. Como el mercenario que no realiza la voluntad de su amo sino para percibir su salario, él también está actuando en busca de una remuneración.

Hay en efecto tres disposiciones dentro de las cuales podemos obrar el bien, según san Basilio. Ya se las he dicho en otra ocasión. O lo hacemos con temor por el castigo, y estamos en actitud servil, o lo hacemos en vista de la recompensa y estamos en disposición mercenaria, o finalmente lo hacemos por el bien mismo y entonces estamos con la disposición del hijo. Porque el hijo no cumple la voluntad de su padre por temor, ni por el deseo de recibir una remuneración, sino porque quiere servirlo, honrarlo y contentarlo. Así debemos hacer limosna: en vista del bien mismo, con compasión los unos de los otros, agradeciendo a los otros como si fuéramos nosotros los beneficiados, dando como si recibiéramos. Tal es la limosna practicada con sabiduría y es así, decimos, como nos encontraremos con la disposición del hijo.

158. Nadie puede decir: "Soy pobre y no tengo con qué hacer limosna". Porque si no puedes dar como aquellos ricos que echaban sus dones en el tesoro (cf. *Mc 12,41; Lc 21,3*), da dos monedas como la viuda pobre. Dios las recibirá de ti más gustoso que los dones de los ricos. ¿No tienes ni esas dos monedas? Tienes al menos fuerzas y podrás ejercer misericordia sirviendo a tu hermano enfermo. Si tampoco puedes hacer esto, puedes todavía reconfortar a tu hermano con algunas palabras. Haz caridad con tu palabra y oye a aquel que dice: *Una palabra es un bien superior a un don (Eclí 18,16)*. Suponiendo que no puedas siquiera dar la limosna de tu palabra, puedes, cuando tu hermano esté irritado contra ti, tenerle compasión y soportarlo durante su cólera, viéndolo atormentado por el enemigo común y en lugar de decir algo que lo excite aún más, guardar silencio ejerciendo así misericordia con respecto a su alma, al arrancarla del enemigo. Puedes todavía, si tu hermano ha pecado contra ti, ejercer misericordia perdonándole su falta a fin de conseguir tú mismo el perdón de Dios. Pues está dicho: *Perdonad y seréis perdonados (Lc 6,37)*. Así ejercerás caridad con el alma de tu hermano, perdonándole la falta que ha cometido contra ti. En efecto, Dios nos ha dado el poder de perdonarnos nuestros pecados los unos a los otros.

No teniendo con qué ejercer misericordia con el cuerpo de tu hermano, lo haces con su alma. Y ¿qué misericordia será más grande que ésta? Así como el alma es más preciosa que el cuerpo, de la misma manera la misericordia con respecto al alma es superior a la misericordia con el cuerpo. Nadie podrá decir: "No tengo posibilidad de practicar misericordia". Todos lo podemos de acuerdo a nuestros medios y condición, siempre que tengamos cuidado de realizar con

ciencia el bien que obremos, como ya lo explicamos con respecto a cada virtud. El que obra con ciencia es el constructor experimentado y hábil que construye sólidamente su casa y del cual el Evangelio dice: *El hombre precavido construye su casa sobre la roca (Mt 7,24)*, y nada puede destruirla.

Que el Dios de bondad nos permita oír y practicar lo que oímos para que estas palabras no sirvan para nuestra condenación el día del juicio. ¡Que a El sea la gloria por los siglos! Amén.

**Próximamente publicaremos en esta sección:**

- . Pequeño Asceticón, de Basilio de Cesarea
- . Vida de San Martín, de Sulpicio Severo
- . Primera Vida Griega de San Pacomio
- . Obras (selección), de Marcos el Monje